

EL PAPEL DEL MAGISTERIO EN LA LITURGIA

Recordar el 50 aniversario de la Encíclica *Mediator Dei*, como hacemos en este número extraordinario de *Liturgia y Espiritualidad*, nos lleva fácilmente —quizá sobre todo a quienes vivimos la promulgación del documento con los cambios de enfoque que conllevó en su tiempo— a reflexionar sobre el papel que corresponde al Magisterio en el desarrollo de la vida litúrgica (como en los demás ámbitos de la vida eclesial). Nadie puede negar, en efecto, el gran significado que tuvo en su día el escrito de Pío XII con referencia no sólo al Movimiento litúrgico sino incluso a la evolución posterior de la liturgia. Dilucidar el carácter de este escrito y su influencia tanto en los aspectos más positivos como en la eventualidad alguno de sus fallos, siempre posibles en documentos que no gozan de la infalibilidad, es lo que nos proponemos en este Editorial y a ello se refieren también la mayor parte de las aportaciones de este número.

En 1947 *Mediator Dei* significó para no pocos la *gran carta de la libertad* en favor del Movimiento litúrgico, el reconocimiento, al más alto nivel eclesial, de los numerosos esfuerzos realizados aquí y allá en vistas a una participación más activa de los fieles en la celebración y el paso definitivo de la minusvaloración de la liturgia, considerada hasta entonces por muchos como mero ceremonial o simple monumento arqueológico, a una valoración cada vez más positiva del valor de las celebraciones litúrgicas. Pío XII fue en este ámbito explícito y tajante: “No tienen noción exacta de la sagrada liturgia—afirma en la Encíclica— quienes la consideran como una parte sólo externa y sensible del culto divino o como un ceremonial decorativo... o como un mero conjunto de leyes con que la jerarquía ordena el cumplimiento de los ritos” (38).

Pero *Mediator Dei* para otros significó casi lo contrario: una nueva

desvalorización de la llamada *piedad litúrgica* y una seria advertencia de los peligros que el Movimiento litúrgico, que iba ganando terreno en la Iglesia, podía representar para los fieles. Es innegable que *Mediator Dei* contiene advertencias que sonaron, y que objetivamente son, como dice el mismo Papa, “represión a los que yerran y freno para los audaces”. Pero el contenido más objetivo de la Encíclica no discurría ciertamente por estas sendas y quienes miraron con recelo la incorporación de los fieles a la liturgia y juzgaron el documento papal como una serie de advertencias sobre los peligros de la liturgia y un decidido encomio de las prácticas de piedad tradicionales, hay que decir llanamente que se equivocaron. Las revistas que anunciaron la Encíclica con titulares como: “El Papa recomienda los ejercicios de san Ignacio”, “El Papa recuerda la importancia del examen diario de conciencia”, “El Papa recomienda los ejercicios del mes de María”, falsearon el tenor de la Encíclica; por más que las frases citadas fueran entresacadas literalmente del documento papal no presentaron correctamente el documento pontificio. Situadas estas frases fuera de su contexto resultaban a todas luces radicalmente contrarias al contenido global de la Encíclica.

Para enjuiciar correctamente *Mediator Dei*—y en general los documentos del Magisterio— hay que tener muy claro lo que son los escritos magisteriales: un documento del Magisterio no una investigación teológica que pretenda dilucidar puntos poco estudiados de la Revelación. Lo propio del Magisterio es proponer *con autoridad* aquellas doctrinas que gozan ya de una certeza por lo menos moral. No es propio del Magisterio proponer como enseñanza eclesial simples hipótesis o sujetos aún en fase de estudio (quienes a veces afirman con un cierto desprecio que el Magisterio va siempre con retraso frente a los teólogos, tienen razón; pero es ésta la función del Magisterio: proponer a los fieles las doctrinas *cuando éstas ya son moralmente ciertas*, no antes). El *Magisterio* se apoya en los trabajos más *sólidos* de los investigadores y sólo cuando éstos tienen la suficiente solidez los propone al pueblo fiel. La misión del Magisterio no es hacer que la teología progrese sino que el pueblo conozca y viva la sólida doctrina cristiana. El Magisterio puede compararse al médico que cuida al enfermo; se vale ciertamente de los descubrimientos de los investigadores pero no los aplica cuando son aún simples hipótesis sino cuando su eficacia y la seguridad moral de que no

tienen contraindicaciones están del todo comprobados. Del médico también puede decirse que va “retrasado” frente a los investigadores.

Situados, pues, en el contexto del Magisterio se comprenden tanto las afirmaciones tajantes de la Encíclica, como los silencios e incluso los pequeños errores (una Encíclica forma parte de Magisterio *fallible*). Sin titubeos Pío XII afirma, por ejemplo, la naturaleza de la liturgia y del sacerdocio único de Jesucristo: éstos eran aspectos estudiados y explicados por las más solidas investigaciones de teólogos del Movimiento litúrgico. También se comprenden los reparos del Papa: proceden de puntos o abiertamente falsos, como el poder sacerdotal de los fieles por ejemplo, o no suficientemente clarificados, como la conveniencia del uso de la lengua popular en la liturgia. En tiempo de Pío XII, en efecto, algunos de los promotores del Movimiento litúrgico –pero muy pocos aún– propugnaban el uso de la lengua popular; pero otros veían en el mantenimiento del latín un gran bien para la Iglesia; el tema no estaba claro en aquel entonces y por ello el Magisterio de Pío XII no es tajante ante este hecho y sigue una de las opiniones sin cerrarse, con todo, absolutamente a la contraria (77).

Hay un punto en *Mediator Dei* especialmente clarificante para comprender hasta qué punto el Magisterio acostumbra a apoyarse en los datos teológicos o históricos más sólidos. Nos referimos a la toma de posición de la Encíclica con referencia al sacerdocio común de los fieles, cuestión muy discutida, sobre todo en el ámbito germánico, en la década de los 50 ¿Qué actitud toma el Magisterio en esta cuestión? Pío XII se opone de hecho a este sacerdocio; afirma ciertamente la que los fieles deben unirse a la acción sacerdotal de Jesucristo y defiende la participación del pueblo en los frutos de este sacerdocio, pero niega en cambio que se dé un verdadero sacerdocio litúrgico de los fieles en la misma línea del sacerdocio ministerial (Cf. v. gr. núm. 99). *Sacrosanctum Concilium*, dos décadas casi más tarde, se refiere de nuevo al tema; a pesar de que trata ampliamente de la *participación de los fieles* en la Eucaristía, como *Mediator Dei*, tampoco hace referencia explícita –aunque pueda extrañarnos– al sacerdocio *litúrgico* de los fieles y ello a pesar de que el ambiente habla constantemente del sacerdocio común (*Lumen Gentium*, 10) alude al sacerdocio común, pero no como sacerdocio *litúrgico*; véase al respecto:

P. FARNÉS, *El esquema teológico que subyace en "Mediator Dei" y en "Sacrosanctum Concilium"*, págs. 364-379). El Vaticano II no siguió tampoco el sentir *ambiental* –la *moda* nos sentimos tentados a decir– que se respiraba (y a veces se respira aún); prefirió apoyarse (como hizo Pío XII) en estudios más serios aunque no estuvieran tan *de moda*.

Permítasenos recordar en este contexto lo que cuenta al respecto del sacerdocio común uno de los más sabios liturgistas de nuestro siglo, Bernard Botte. La anécdota puede ser un buen ejemplo de como la discreción del Magisterio puede significar seriedad científica. En el momento en que la Acción Católica estaba en su más alto nivel de aceptación y para promover la importancia del laicado se hablaba, siempre con mayor entusiasmo del sacerdocio de los fieles, Botte se opuso. Veamos cómo. En aquellos días uno de los líderes más famosos del movimiento laical, el jesuita Dabin, acababa de publicar una obra voluminosa titulada *Le sacerdoce royal*. Cerfaux, el conocido teólogo belga, hizo de la obra una resención feroz, recordando que Santo Tomás hablaba en un sentido diverso: no era lo mismo, decía Cerfaux, la participación o la recepción de los frutos del sacerdocio de Cristo que el ser sacerdote o intermediario como lo es Cristo. En medio de estas enfrentadas controversias se propuso tratar del tema en una de las célebres semanas litúrgicas de Mont-César. Tanto liturgistas como promotores de la Acción Católica deseaban encontrar apoyo en la Tradición. Para lograrlo se pidió a Botte que estudiara la cuestión en los Padres. El conocido liturgista respondió que no estaba muy seguro de que las conclusiones del estudio que se le pedía correspondieran a los deseos de quienes propusieron el tema y que lo único serio –lo único científico– sería hacer una encuesta imparcial. Botte, después de examinar a conciencia los testimonios patrísticos *en su contexto*, manifestó que los Padres, cuando hablaban del sacerdocio de los bautizados, lo hacían en un sentido metafórico y *sin ninguna relación a la Eucaristía*. Algunos Padres aludían ciertamente el sacerdocio de los fieles, pero lo relacionaban siempre con la unción posbaptismal, nunca hablaban de este sacerdocio aisladamente sino situándolo entre la realeza y el profetismo a la manera como el Antiguo Testamento se aludía a la unción del rey, del sacerdote y del profeta. Se trataba de una simple analogía y no se podía, por tanto, pretender que la Tradición hablara del sacerdocio *litúrgico* de los fieles. Esto acontecía en 1933. Viente años mas tarde *La Maison-Dieu* quiso preparar un número

sobre el tema, pero ante los resultados de la encuesta de Botte, renunció al proyecto. Es difícil saber si Pío XII conoció este proceso. Pero lo que sí es cierto es que el Magisterio, tanto en *Mediator Dei* como en *Sacrosanctum Concilium* no siguieron la moda que estaba –y perdura– en el ambiente y, o bien niegan el sacerdocio *litúrgico* de los fieles (Pío XII) o bien guardan silencio a su respecto (*Sacrosanctum Concilium*).

En esta como en otras cuestiones el Magisterio de *Mediator Dei* que fue en sus días un faro luminoso –muchos de sus puntos lo son aún hoy– basó sus afirmaciones en estudios serios como el de Botte que acabamos de citar. Que en *Mediator Dei* haya limitaciones históricas o impropiedades de enfoque –errores incluso– es connatural a toda obra humana y el Magisterio falible de ayer, de hoy y de siempre, pertenece a esta categoría. Pero ello no obsta a que *desde un punto científico* podamos confiar en la máxima seriedad de sus enseñanzas –nunca el Magisterio se pronuncia sin las mayores garantías– y *desde la fe* debamos atender con fidelidad a cuanto propone, pues se desprende del mismo Evangelio que Cristo ha querido que la Iglesia fuera guiada por unos pastores –las más de las veces falibles– constituidos por la ordenación maestros auténticos de la familia eclesial. Esto es lo que fue Pío XII en la Encíclica *Mediator Dei*.

P. F.

Los artículos de este número tienen todos un trasfondo teológico. Con todo, podemos agruparlos en tres bloques, sin que la línea divisoria sea tajante.

Un primer grupo lo constituyen los escritos que hablan de las líneas teológicas de la encíclica en general.

El segundo bloque los que abordan una cuestión litúrgica concreta estudiando lo que de ella dice la “*Mediator Dei*”.

El tercero son las colaboraciones que sitúan la encíclica en un contexto histórico más amplio, bien sea anterior (el magisterio pontificio sobre liturgia, el Movimiento litúrgico), bien sea posterior (la influencia de la encíclica, su eco en documentos posteriores).